

## RESEÑA SOBRE EL LIBRO “ARTE Y CULTURA EN LOS DEBATES LATINOAMERICANOS”

EDUARDO HUARAG ÁLVAREZ<sup>1</sup>

### FICHA TÉCNICA:

**Título:** Arte y cultura en los debates latinoamericanos

**Compiladores:** Claudio Lobeto y Gloria Varela

**Editor:** Claudio Fernando Lobeto

**Prólogo:** Eduardo Grüner

**Imagen de tapa:** “Maras desde el exilio”, de Mara Victoria Sánchez

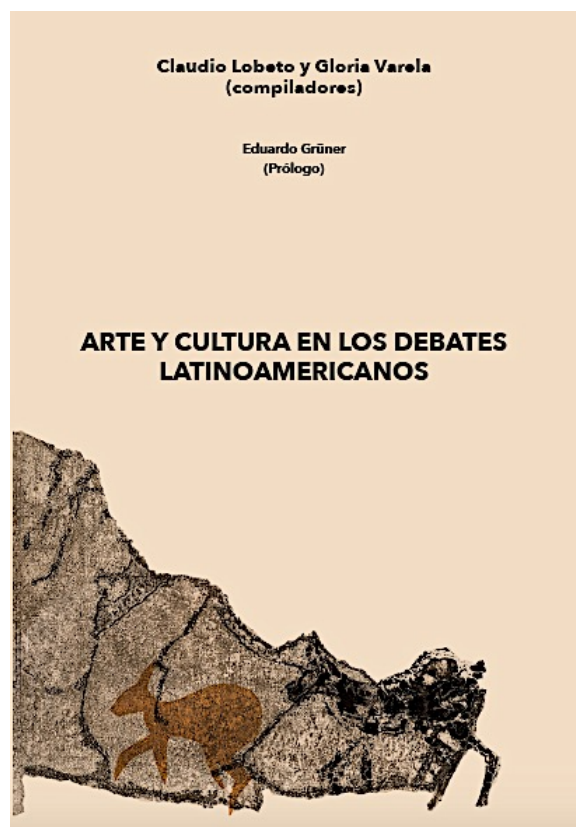
**Diseño y maquetación:** Victoria Gondra

**Buenos Aires. 2018**

**ISBN 978-987-42-7007-8**

En el prólogo del libro *Arte y cultura en los debates latinoamericanos*, Eduardo Grüner se hace la pregunta si acaso se puede trazar una línea entre “imagen y la realidad. Y aunque siempre esta relación se redefinía, en las últimas décadas nos encontramos ante la “estricta imposibilidad de construir esa dialéctica, si por dialéctica” entendemos (...) la emergencia de un *conflicto*”. Y agrega que si “no hay nada fuera del texto” (...) entonces tampoco hay “texto”, pues ya no hay diferencia: no hay contendientes que construyan su “identidad” (...) en su tensión conflictiva con un Otro”.

Esto nos lleva a una necesaria revisión de la historia latinoamericana, los paradigmas que



<sup>1</sup> Pontificia Universidad Católica del Perú.

institucionalizaron los estudiosos que siempre partieron de la idea que Europa era el centro y lo demás la periferia. El planteamiento que se pone en cuestión supone entender que en todo el periodo colonialista no fuimos el simple territorio en el que los nativos eran progresivamente evangelizados por la “civilización”; lo importante es que al hacer una revisión de conceptos, nos damos cuenta que Marx, en el capítulo XXIV de El Capital advirtió que, como dice Grüner, “tanto el saqueo de materias primas como la explotación de fuerzas de trabajo esclava en América, a partir del siglo XVI, son componentes decisivos para la conformación misma del modo de producción capitalista a nivel mundial”.

Es cierto también que los americanos se las ingeniaron para construir una especie de sincretismo en el que las imágenes, como los cuadros de la llamada Escuela Cusqueña, en Perú, asimilaban las imágenes de la iconografía cristiana convencional, pero iban incorporando elementos (objetos, animales, paisajes, etc.) que son propios de América. En el ámbito de la cultura oral pudiéramos decir que aunque los nativos se bautizaban y comulgaban, mantuvieron algunas creencias de su cultura, por eso la vigencia de sus dioses montaña, por eso las peregrinaciones a las montañas de nieve. Eso es parte de su religiosidad ancestral a lo que se agrega su sentido mesiánico, la esperanza que un día los tiempos cambiarían porque volverían los tiempos de los incas (Mito de Inkarrí).

El artículo de Carina Circosta acerca de la cultura, identidad y producción simbólica es una reflexión interesante en la que se hace necesaria la revisión del mundo indígena, ese espacio que los colonizadores identificaban como territorio de los Otros, y ante el cual sentían que descubrían tierras “vírgenes”. Se pone en evidencia la perspectiva errónea que por mucho tiempo consideró (con mirada eurocéntrica) que ellos (los conquistadores) eran la civilización y que los nativos eran la barbarie. La autora hace una revisión histórica de la situación e identidad de los indígenas, destacando, por ejemplo, el cuestionamiento que hicieron González Prada (fines del siglo XIX) y Mariátegui (1928). Las repúblicas se habían constituido sin considerar la participación de los indígenas y había que proceder a una refundación y real democratización. Lo importante es que, décadas después, los mestizos son conscientes de su identidad y progresivamente van tomando control del poder. Un ejemplo notorio es que un nativo, en Bolivia, haya llegado a la Presidencia de la

República. No se ha erradicado la actitud de rechazo al indígena, pero se debe ceder ante su presencia inevitable. Es más: “(...) son los mismos indígenas, conscientes de sus diferencias con el resto de la población, tanto históricas, como lingüísticas, religiosas, culturales e incluso nacionales, los que postulan colectivamente su derecho a mantener esos contrastes y no asimilarse culturalmente” (p. 44).

Claudio Lobeto hace una revisión de la idea de hibridación y transculturación, lo que implica la resistencia de la cultura nativa, pero también de la adopción inevitable de los paradigmas de la modernidad al que hay que agregar la exigencia del mercado y las leyes de la oferta y la demanda. Por eso señala que: “La pérdida, negación o invisibilización de lo propio equivale a suplantarlo por mecanismos de asimilación en otro tipo de prácticas, entre ellas las mestizas e híbridas” (p. 82). Es bueno saber que aún la supuesta originalidad se produce “cuando modifica su ‘locus estético’ y es permeable al ‘gusto’ de otras culturas” (p. 82). En este sentido, revisa y pone en debate las nociones de identidad, hibridación y la relación dialéctica entre lo universal y nacional. Y este es un tema que se discute desde la década del 60’, especialmente en literatura. Mientras unos escriben focalizados en lo regional y las tradiciones y costumbres de lo que entienden como lo propio latinoamericano; otros consideran que más que lo particular, el escritor debe tratar de sugerir reflexiones en torno a temas universales.

En forma similar, los artículos de Jorge Dubatti y Mara Sánchez indagan también en formas particulares de aprehender la estética del continente. Dubatti señala la importancia que el teatro ha tenido en la configuración de subjetividades e identidades y como debe ser estudiado tomando en cuenta lo socioantropológico. Por su parte, Sánchez indaga acerca del arte en Brasil y Paraguay, considerando también a las producciones estéticas que se engloban en la cultura popular, incluidas las producciones estéticas de los pueblos indígenas.

Ignacio Soneira se aboca al muralismo y la identidad y dialoga en cierta forma con el artículo de Diana González y José Martínez quienes plantean que “(...) la discusión entre la profundidad de la crítica social heredada del muralismo mexicano y la liviandad de la pinta

del muro”, conlleva “algunas iniciativas que se apropian de discursos del arte para contrarrestar los efectos del fenómeno urbano” (p. 241). El muralismo está vinculado a la identidad nacional y la imagen de lo que piensa y predica la revolución. De esta manera, se trataba de “reescribir” la historia, una iconografía que pretende un tipo de lectura e interpretación de la realidad social. Había una estrategia que buscaba conciliar el arte, la expresión estética con el propósito ideológico. Concurrieron a ese fin, Rivera, Orozco y Siqueiros, entre los más destacados. Si hay algo que distingue al muralismo mexicano es su didactismo. Son “imágenes simples de rápida lectura” (p. 218) Pero el muralismo no tuvo presencia solo en esos años iniciales de la revolución mexicana. La representación icónica siguió siendo una forma de manifestarse ante problemas de la sociedad, como ocurrió con la rebelión de 1968: “el movimiento estudiantil dio lugar a una rica expresión contestataria que se hizo visible desde las consignas en los muros, hasta una gráfica que mediante técnicas como el grabado, hacía evidente la denuncia a una política represiva y que derivan en la matanza de estudiantes en Tlatelolco en ese mismo año” (p. 218).

Es también el caso del cine latinoamericano, en el cual la práctica fue en paralelo a las preocupaciones intelectuales de los cineastas, tales como Sanjinés, Solanas, Getino, Rocha y tantos otros. Sebastián Russo, Juan Manuel Ciucci y Pablo Russo son los autores que ponen en debate esta problemática.

Arte y política, arte y medios masivos, son centrales en las décadas de los '60 y '70. A tono con el avance de la comunicación de masas, en el campo de las artes plásticas –y en el resto del arte en general-, el debate se situó acerca de cuál debía ser el rol del artista en la sociedad en un contexto signado por un alto grado en el accionar de las luchas sociales y las dictaduras militares, lo que implicaba también la disputa en torno a lo “legítimo” o no del uso de medios, tales como la televisión, la radio o la prensa gráfica, en vinculación con el campo artístico, controversias que se visualizan en los capítulos escritos por Gloria Varela y Gabriela Sagristani. A esto hay que agregarle otra cuestión, que fue –y es-, la de establecer, o al menos intentar, delimitar una estética latinoamericana, que contuviera variables tales como la resistencia, la crítica y la apropiación desde la periferia de estéticas dominantes.

Rubens Bayardo en su artículo “Aportes latinoamericanos a los debates sobre la gestión cultural y el gestor cultural”, también revisa categorías analíticas y prácticas específicas tratando de establecer una gestión cultural que se enmarque en ese universo diverso y heterogéneo que significa el campo artístico en Latinoamérica.

El aporte realizado por numerosos artistas, críticos, sociólogos e historiadores del arte que en esta compilación aparecen, nos sitúa centralmente en el debate acerca de la identidad latinoamericana y sus diversos manifiestos culturales que por efecto inevitable de la transculturación ha ido mutando según los diversos tiempos históricos, porque las culturas hacen intercambios y yuxtaposiciones inevitables. En este sentido, el debate sigue abierto.